



PROMOTORA DE SABERES

Marianna C. Urdaneta

RESUMEN

El lector competente quien asume promocionar la lectura con frecuencia es la persona que ha tenido una experiencia significativa con lo relativo a ella en algún momento de su historia personal, familiar o escolar. La impronta afectiva y motivacional establecida entre promotor y texto promovido favorece la vinculación que prosigue su extensión y desarrollo hacia los interlocutores generando éxito y apasionamiento relacionado con lo escrito. Consideramos la política de promoción de lectura desde edades tempranas y ambientes primigenios en respeto a las características de la población a la cual va dirigida, con promotores comprometidos y continuidad de las estrategias de promoción de lectura a desarrollar tras valorarla desde la experiencia familiar temprana con adultos significativos.

Palabras clave: promoción de lectura, entorno lector, políticas de promoción.

Recibido: 03/06/2014

Aceptado: 16/04/2015

KNOWLEDGE PROMOTER

Abstract

The competent reader, who assumes to promote reading, is often that person who has had meaningful reading experiences, at some point of his/her personal or academic life. Affective and motivational aspects related to promoter and promoted text favors the ongoing linkage its length and development towards partners and creative success and passion associated with writing. We consider the policy of promoting reading from early stages and primitive environments regarding to characteristics of the target which reading is addressed, employing committed promoters and continuing promoting reading strategies after being assessed from family experiences and significant adults.

Keywords: reading promotion, context, promotion policies.

Introducción

Durante mi infancia crecí escuchando las remembranzas de mi abuela al mostrarnos su motivación por la lectura. Risueña evocaba el impulso que le otorgara su tío Santos al enseñarle a recitar poemas de memoria desde los cinco años, aún en proceso de apropiarse del código escrito. Para algunos, fue una niña con talento especial, otros vieron en Nievécita como cariñosamente la llamaban, una prodigiosa representante escolar de su localidad. Mientras que, para quienes más la disfrutamos dentro de su familia o amigos, mantuvo la vivacidad infantil que precede al descubrimiento, inquieta al develar nuevas maneras de llegar a quienes con ella aprendimos las primeras letras, siempre interesada en contribuir al despertar emocionante de niños y jóvenes en el mundo de las letras.

Es en este momento de nuestra historia familiar cuando no la tenemos físicamente entre nosotros, cuando descubro el valor del saber intuitivo que acompañó a mi abuela a lo largo de sus años como docente, madre y poetiza. Puedo comprender mejor ahora la impronta que maravillosamente dejara entre nosotros, los nietos que mejor respondimos a su impulso creador y vivificante por medio

del recurso escrito, y lo que tanto la enorgullecía, habernos visto en éxito académico de carreras muy diversas entre las cuales destacan una ingeniero, una economista y una médico, quienes sin descuidar la ciencia no han dejado apagar el hábito de las buenas lecturas; además de dos herederos humanistas: mi hermano comunicador social, verborrérico en comentarios y lector inquieto, y finalmente yo, la docente, comprometida y orgullosa de representar el legado docente familiar para esta generación.

Pero, ante esta consecuencia resulta provechoso preguntarse ¿Qué hizo mi abuela para que todos sus nietos nos enamoráramos del saber hasta completar con éxito nuestras carreras? ¿Por qué con nosotros sí logró la conquista de progreso que se planteaba cuando emigró de la provincia a la capital carabobeña con los hijos adolescentes? Siendo ella la misma promotora de saberes para ambas generaciones, ¿Qué nos daría la abuela para obtener con nosotros resultados tan distintos con respecto a nuestros padres?

Nuestra experiencia familiar con las letras, me ha hecho reflexionar profundamente sobre el proceso que hemos vivido y me lleva a recordar la evolución por la cual los pueblos latinoamericanos han consolidado una lengua. Transformación con infinidad de peculiaridades si lo observamos desde el principio, al momento del encuentro cultural entre tres civilizaciones diversas.

Tras leer a Rodríguez (1995) en *¿Política nacional de lectura? ¿Mediación en torno a sus límites y condicionamientos?*, encontramos ya desde la época de La Conquista, que los pueblos autóctonos han tenido toda una suerte de desencuentros en la adquisición de la nueva lengua, en nuestra opinión principalmente originados por la visión antropológica de los blancos colonizadores con respecto a los indígenas autóctonos, a quienes consideraban individuos de segunda categoría, “incultos” e ignorantes a pesar de poseer una riqueza cultural y ética expresada ampliamente en lo social. En lugar de respetar y mantener algunos aspectos culturales que usar de puente para la convivencia entre ambos grupos, el colonizador blanco asumió reprobó los conocimientos previos del indígena y sus vastas tradiciones orales, para imponerles una mediterránea concepción del saber, entonces los “espíritus ilustrados identificaron alfabetización con lectura y analfabetismo con ignorancia”, para mantener las palabras del autor.

Más adelante, cuando el “ilustrado” poseído por el reflujo del positivismo “culturizó” al mestizo, nuevamente centró sus ojos en las propias deducciones creyendo que la validez de un método era suficiente para enseñar a todos. Así, el señor reiteradamente tendía sus esfuerzos de enseñar en los propuestos teóricos y generalizaciones inmutables de un método, encerrando en ello cual borregos a sujetos susceptibles de educación en torno a la verja de la relación estímulo-respuesta.

Esta filosofía pedagógica imperó durante mucho tiempo, abarcando hasta las primeras décadas del siglo XX, tiempo en el cual mi abuela recibía educación, y posiblemente, fue esa costumbre de instruir por mediación de respuestas condicionadas la que probablemente propiciara falta de consolidación de la impronta en los hijos. Como joven madre y esposa, se ocupó de que a ninguno de los suyos le faltara lo necesario para desenvolverse en la vida. Se ingenió para cubrir el pago de colegios internados. No escatimó de dotar a los hijos de buenos libros y el apoyo de una nana que los cuidara mientras se desempeñaba como directora. Más adelante y progresivamente, fue sacándolos del terruño natal hacia una región con mayor progreso, los motivó para que se abrieran paso en la vida con preparación, pero hace falta preguntarse: ¿Fue eso suficiente, para despertar en ellos el anhelo de aprender o contagiarlos con la dinámica participación cultural que la abuela contaba orgullosa en su haber como docente, poetiza y declamadora prolifera? Ciertamente no, entonces vale preguntarse ¿Qué hizo falta a la promoción del saber desarrollado por mi abuela con sus hijos?, ¿qué hizo la diferencia de su impronta promotora con nosotros?

En la Colección Formemos Lectores del Banco del Libro he encontrado algunos datos que es preciso destacar para iluminar nuestra realidad familiar en torno a la lectura. En el texto *Escuelas para la lectura: como transformar la escuela en un entorno lector* (1998), se exponen varias condiciones para favorecer la formación de lectores autónomos, entre ellas la que identifico como determinante en la generación de mi madre, es la manera como mi abuela motivó la lectura en casa. Para ilustrarla, es preciso destacar una anécdota.

Mi abuela contaba en un rincón del patio de la casa con una especie de habitación sin ventanas que denominó “*Mi Refugio*”, espacio

en el cual durante sus ratos libres encontraba deleitarse con la lectura de buenos libros, periódicos y algunas revistas. Mientras estaba allí, los hijos podían jugar y recrearse en el patio, siempre con la discreción de “hablar bajito”, no corretear ni curiosear en el sacro rincón de lectura maternal.

Preciso un detalle en particular. Considero que ese aislamiento temporal de la abuela si bien le brindó el beneficio de mantenerse informada y recreada a solas con la lectura, resultó infructuoso para generar pasión por el saber en el seno de la vida familiar. Quizás porque le faltó experiencia para tomar conciencia en hacer asequible aquel espacio lector, utilizándolo como nido para proponer encuentros, generar actitudes positivas y modelar comportamientos de valorización con respecto a la lectura y el saber en los pequeños hijos. En lugar de eso, lo convirtió en un espacio de exclusivo desahogo y deleite personal, sin percatarse que su lectura unipersonal, podía dejar a la prole al margen del encuentro afectivo con el contenido escrito.

Para los docentes que trabajamos en la promoción de la lectura, es frecuente encontrar postulados como el mencionado y otros autores como Yepes Osorio (1997), quienes coinciden en señalar que mientras el niño tenga a su alcance un ambiente lector desde el seno familiar, encontrará tiempo y espacio para la lectura, y a ello añadiríamos, que además leerá con motivación haciendo de la lectura una de las grandes pasiones en su vida.

Podemos testimoniar a favor de estos postulados igualmente. Más aún, a partir de mi vivencia familiar y la experiencia que he alcanzado con el trabajo de la lectura tanto en el aula regular como inclusiva y especial, sea de educación inicial, básica o universitaria, me lleva a admitir al respecto un elemento importante. Principalmente considero que no es el “cómo” se lleve a cabo la promoción de la lectura, lo cual reitero resulta importante para obtener óptimos resultados al desarrollar esta tarea, sino cuan motivante se presente al lector el acto mismo de leer para que este logre despertar su interés. En tal sentido, considero que aquella labor dentro de una política de lectura consciente que ubique como centro la prescripción metodológica de determinadas actividades, resultará una práctica vacía de encuentros, pobre en resultados, desequilibrada para perdurar en el tiempo.

Además, considero de relevancia el momento en el cual ha de presentarse la estrategia prevista pues, si deseamos alcanzar mejores resultados en promoción de la lectura, las acciones deberán ser planteadas para ser desarrolladas en presente. Debido a que el momento idóneo para adquirir el gusto por leer varía entre unos y otros interlocutores, destacamos que la mejor ocasión para establecerlo, resultará de la puesta en práctica de acciones en las que se hayan conjugado la perseverancia con la continuidad en un marco de estrategias concretas, previstas de acuerdo a las características de la población a la que están destinadas.

En las situaciones hasta ahora planteadas en torno a la promoción de la lectura, puedo interpretar algunos aciertos y fallos obtenidos por mi abuela frente a las dos generaciones que formó. A través de lo cual, puedo comprender igualmente, que las vivencias desarrolladas en el seno de nuestra familia no resultan ajenas al acontecer nacional y social de nuestra historia latinoamericana, antes bien, mantienen con estos una estrecha vinculación e interdependencia a través del tiempo, puesto que mantienen con estos un tronco común originario.

En relación a mi experiencia familiar con la lectura y tomando en cuenta la diferencia de resultados obtenidos por cada generación conducidos por nuestra amada promotora de saberes, encuentro los logros de mi abuela en básicamente aquello que se propuso. A sus hijos educó para se desarrollaran independientes en la vida, en libertad de escoger un oficio y desarrollarlo. Ella no pensó en hacer de ellos profesionales, más sí eficientes lectores y buenos ciudadanos. Leyó en presencia de los hijos en “Mi Refugio” mientras crecían, les dio apoyo en aquello que emprendieron, contribuyendo a cuidar de nosotros, los nietos. Ahora bien, ¿Qué elementos forjaron el interés por lo escrito y el saber en nuestra generación que coincidimos en atribuir a nuestra abuela?

Evidentemente nuestro privilegio como nietos fue cuestión de acompañamiento y estuvo determinado por los años dorados por la experiencia de aquella que gozando de una jubilación, desde la labor cotidiana del hogar materno, estuvo disponible para colaborar con quienes requerimos de su apoyo afectivo y motivador.

Resultó de su presencia física, su hábito de leer con nosotros, para nosotros y no solo cerca de nosotros la que se impuso. Su sabia actitud de sentarse a contemplar nuestros juegos e interrumpirlos para comentarnos un trabalenguas, retahíla o verso, o bien contarnos un cuento, buena parte de las veces inventado, otras evocado, pero siempre ella-con-nosotros, sin ambiente lector exclusivo para alguno en particular, pero siempre respetuosa de nuestras elecciones lo que creó el vínculo y generó la impronta. La recordamos con afecto y nostalgia, ella saliendo a nuestro encuentro, lo mismo en la sala o el jardín, una tarde de un día cualquiera o el domingo de encuentro familiar. Ella entre nosotros siempre tan nuestra.

Entonces, ¿Cómo no darnos cuenta de la importancia de leer si con sus constantes propuestas de lecturas, estaba con nosotros? Si cuando nos preparaba la merienda, su intención era convocarnos luego a compartir cuentos, poesías, sueños. Porque durante aquellos privilegiados años, muchos de los cuentos que nos relatara eran sus sueños, los mismos sueños que nos abrieron el apetito para soñar y nos estimularon a estudiar mucho y a ser exitosos en diferentes campos del saber, pero siempre ávidos por aprender, compartir lo asimilado y trascender convocando a otros en aquellas tareas que consideramos particularmente relevantes.

Es a partir de nuestra propia experiencia familiar con las letras, por la cual nos atrevemos a certificar que para hacer efectiva, próspera y positiva una política de promoción de la lectura en la que se involucren los ambientes familiar, escolar y comunitario, son indispensables aspectos como los presentados a continuación.

En primer lugar, la creación de un ambiente de lectura oportuno para quienes aspiran promoverla y cómodo, agradable e interesante para quienes han de sentirse motivados a integrarlo. Éste no solo estaría referido al ambiente físico y a la dotación de textos, su mención abarca el clima de bienestar que ha de inspirar el hecho de permanecer en él como orientador del proceso.

En segunda instancia, resulta imprescindible la presencia del facilitador ante la actividad de leer, la cual ha de ser enriquecedora tanto del plano afectivo como motivacional. No se necesita un acompañante que muestre libros, es requerido un compañero de

lectura que reclute nuevos lectores y los lleve de paseo por lecturas con la calidez, generosidad y entrega de un apasionado lector y previa convicción de estar haciendo el mejor trabajo del mundo.

Además, los anteriores deben acompañarse de persistencia y continuidad de las estrategias a desarrollar en el marco de la promoción de la lectura. Independientemente del resultado de alguna estrategia en algún momento, debe mantenerse la flexibilidad de su adecuación en el tiempo, empleando la valoración de variables relacionadas para continuar el desarrollo del proceso de la promoción y generar consecuencias favorables tanto lo retroalimenten como lo enriquezcan.

Y finalmente, tan importantes como los preliminares elementos, y por las cuales ellos están acoplados, son las características de la población a la cual va dirigida el programa de promoción de lectura previsto a desarrollar. De manera tal, que conociendo los intereses, edades y competencias de los sujetos proclives de la promoción, tanto ambiente, como facilitador y estrategias se articulen en beneficio de hacer prospero el programa y podamos capturarlos favorablemente con ésta maravillosa iniciativa.

Es importante recalcar que si alguno de los anteriores elementos no es considerado, la articulación necesaria para hacer cónsono el programa de promoción de la lectura quedaría inconcluso, y a mi criterio, podríamos integrar recursos magníficos, estructurar metódicamente las sesiones e impulsar campañas ambiciosas por abarcar extensas áreas geográficas, pero correríamos el riesgo de trabajar al tanteo, y lamentablemente, ajenos a la realidad concreta de los lectores.

Muy por el contrario, para mover conciencias y despertar el interés de los lectores, a nuestro criterio se necesita hacer presencia afectiva y efectiva, elevar la condición de objeto que ha tenido y custodiar al texto, la novela, la prosa, la poesía, el cuento. Si no actuamos como modeladores del proceso ni motivamos con nuestra presencia lectora a nuestros interlocutores, corremos el riesgo de que no haya manos, ni ojos, ni bocas, ni oídos que le den vida al contenido del texto, y un libro sin vivirlo, solo puede ser objeto ajeno, etéreo, en el peor de los casos, letra muerta.

Es nuestro deseo, se abran caminos hacia una promoción de la lectura coherente y eficaz desde las etapas iniciales de socialización del ser humano, donde confluyan de manera articulada la participación de adultos significativos en los ambientes familiar, escolar y comunitario con el fin de propiciar el desarrollo integral de las próximas generaciones, de la que los docentes hemos de ser abanderados.

Dejamos la invitación abierta a quienes, con ánimo incansable y valor admirable, continúan sintiéndose convocados a participar de la promoción de la lectura con el fin de operar cambios en el colectivo, lograr la promoción humana y mejorar la calidad de vida. Gracias a su prolífera labor de educador en cualesquiera sean los espacios donde la desarrolle, estará asegurada la continuidad de nuestro acervo cultural y se mantendrá viva nuestra lengua.

Referencias

Escuelas para la lectura: Cómo transformar la escuela en un entorno lector (1998). Caracas, Venezuela: Banco del Libro.

Rodríguez, P. (1995). ¿Política nacional de lectura? ¿Mediación en torno a sus límites y condicionamientos? *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, XXV-3, 25-53.

Yépes, O. (1997). *La Promoción de la Lectura*. Medellín, Colombia: Comfenalco.

Marianna C. Urdaneta: Magíster en Educación.
Mención: Lectura y Escritura. U.C. Licenciada en Educación. Mención: Educación Especial. U.C. Docente Ordinario Universidad de Carabobo. Departamento Pedagogía Infantil y Diversidad Docente Especialista. Secretaría de Educación y Deporte del Edo. Carabobo.
marianna-aula@hotmail.com / mu-universidad@outlook.com